

TESTIMONIO

INTIMIDAD Y COMPROMISO. LA DOBLE VIDA DEL POETA

Leopoldo DE LUIS

HAY DOS actitudes ante la poesía: aquélla que ve la obra como síntesis de una vida (lo que coloca la obra por encima del hombre) y otra que ve la vida como raíz de una obra (lo que coloca al hombre por encima de sus escritos). Me inclino por esta segunda actitud y creo que la poesía no suplanta nunca a la vida, sino que debe ser su compañera. Poesía como compañía de vida. Eso he pretendido, y he valorado siempre la importancia de la poesía en la existencia humana. Porque es evidente que se puede vivir sin poesía, pero es perder la mitad de su encanto. También se puede vivir sin amor, pero es perder la otra mitad.

Aunque parece una frase brillante y no exenta de matices verdaderos, nunca llegué a convencerme aquello de Paul Valéry cuando decía: "Afortunadamente, el poeta no es nunca el hombre". La poesía —para mí— debe reflejar al ser humano. Como un espejo. No como el espejo del agua que reflejaba a Narciso. La poesía no debe ser narcisista. Como una suerte de reencuentro con el "alter ego", con el otro que siempre somos. Por eso hablar de la propia poesía le produce a uno —al menos, a mí— rubor y zozobra. Rubor, por lo que puede significar de egocentrismo; zozobra, por la sorpresa del otro yo: del *complementario*, según decía don Antonio Machado. El otro que va conmigo y que me obliga a reflexión. Porque siempre seremos dos, ¡qué pobre historia! El que quisimos ser —el que pensamos— y el que se mueve en duras realidades y hace almoneda de su vida a diario. Reflexionar es volver a mirarnos con otros ojos o desde ángulo distinto. O a otra luz. Y establecer un monodílogo —dicho sea con palabra unamuniana—. En todo caso hablamos con nosotros mismos, hasta en sueños. El otro yo va por las veredas del sueño protagonizando sucesos que luego nos cuenta. O dicho de otro modo: todo nos lo contamos a nosotros. Como en un espejo parlante. Sueño-espejo-poema, son, en el fondo, una misma cosa. No es que el poema nos retrate, es que nos espeja. El espejo es mucho más que el retrato. Un retrato nos inmoviliza; un espejo nos dinamiza. El retrato nos sorprende saliendo de la vida;

el espejo nos encuentra entrando. Parodiando a Ortega, diríamos que el hombre es él y sus espejos. En ellos estamos, por ellos pasamos, con ellos nos quedamos, porque los espejos no olvidan. Claro que fracasamos a veces: intentamos vernos sin conseguirlo, tal si ante un espejo cerráramos los ojos. Con los ojos vendados nos miramos cada día frente a un espejo, sólo somos figuras proyectadas sobre un cristal, pero no nos vemos jamás del todo.

Cuando me enfrento con la necesidad o el deseo de definir la poesía o, para decir mejor: definir *mi* concepto de la poesía, suelo declarar que es *respirar por la herida*. Creo que en esa definición va implícito un entendimiento de la poesía como algo más que la mera experiencia verbal. No es la poesía solamente *una forma de expresión*, sino *la forma de expresar una entrañable realidad humana*. Hubo una época en la cual el poeta sustentaba su obra con sus ideas. Con el impresionismo, los poetas quisieron que, ante todo, la materia de la poesía fueran las sensaciones. Los movimientos vanguardistas prefirieron recalcar que la poesía se hace con palabras. El surrealismo reivindica los estados del sueño, o, más exactamente, del subconsciente onírico. Cuando yo digo que la poesía es respirar por la herida quiero aludir a todo eso, porque son sensaciones, pero sin desprestigiar las ideas, y es asimismo la sorpresa subconsciente, los elementos que desearía ver aflorar en el poema, como los sargazos emergen a la superficie del agua, y esa agua es, precisamente, la forma verbal que la palabra crea. El precipitado que se obtiene necesita un elemento más: la emoción. Y la emoción la pone la herida, esto es: la vida.

No extrememos el rigor de la precisión existencialista, y pensemos en una vida auténtica y en una vida inauténtica: la que vivimos individualmente y —con más esperanza que acierto— suponemos *libre*, y la que vivimos por imposiciones de un contexto social. Freud escribió que el individuo vive una doble existencia: como fin en sí mismo y como eslabón de un encadenamiento al cual sirve independientemente de su voluntad. Pero, además de esa misteriosa función de sustrato mortal de una substancia quizá inmortal, lo contingente revuelve y condiciona, modifica y dicta actitudes y comportamientos diarios. Tradicionalmente, la poesía lírica está considerada como la expresión —esto es: lo que saca afuera— del alma (entendida ésta como lo más íntimo y personal). Si la cosa fuera sencilla, el poeta, como tal, *viviría* su propia e individual existencia, de la que se nutriría su obra. Pero todo estilo, esto es: toda manera de expresarse, comporta, con lo personal, elementos de época, gustos imperantes, exigencias del momento. Si el estilo es el hombre —según la controvertida y acaso mal traducida frase de Buffon—, será porque el hombre no es nunca un ser aislado que vive su vida, propia y hacia adentro, sino el que vive, a la vez, condicionado por compulsiones fuera de sí. Por eso la poesía es siempre imperfecta: la perfección, no es poética. (Aunque los poetas *puros* y *esenciales* aspiren a ella: *aspien*, digo, no que la encuentren, aunque admirable sea ya la búsqueda, que ésa es cuestión distinta).

De ahí que carezcan de sentido preguntas tales: ¿cuándo es sincero el poeta, cuando nos habla de sí mismo, de su vida interior, de su mundo, o cuando nos

habla del mundo exterior? Es claro que en ambos casos. En el segundo, el poeta se pone fuera de sí para darnos lo que ve, pero lo que ve con *sus* ojos. Y nunca vemos con los ojos libres, sino a través de los prismáticos que nos imponen un tiempo, una cultura, una existencia. ¿Cómo serán las cosas ellas mismas? —nos preguntamos. Nadie ve de otra forma que mirando a través de inevitables prótesis. La doble vida es una, en último término.

¿Se corresponde siempre la vida social del poeta con lo que su poesía nos da a entender? Es una correspondencia no identificable y, desde luego, no exigible. La sinceridad del poeta emerge por caminos intrincados, a veces irreconocibles, y aquí, en esta zona oscura por inextricable, es donde se justifica en cierto modo la frase de Valery con la que comencé. El hombre que se refleja en el poema da una imagen no necesariamente reconocible desde una óptica exterior o, dicho de otro modo, a una luz convencional. Pero la misión del poeta no es ejemplarizar —ni mucho menos moralizar— sino sugerir, sacudir, llamar a reflexión, estremecer... y ello por la vía del poema, no por la del héroe, el líder o el santo.

¿Debe, pues, el poeta *comprometerse* (esto es: salir de su vida para compartir la de los demás), o debe mantenerse *puro*? Pero, ¿qué es la *pureza*? Antes digo que, según creo, el poeta puro no existe, y en cuanto al *compromiso*, ¿qué poeta no lo lleva en sí mismo, lo quiera o no? La poesía es una *profesión*. Es habitual entender la profesión como quehacer vinculado a lo crematístico; profesión y medios económicos consuetudinarios de subsistencia, se identifican. Pero he aquí que, *profesión* viene de *profiteri*, y ésta de *fateri*, que quiere decir *confesar*, de donde el que profesa se confiesa, y nadie lo hace tanto como el poeta, que hace confesión íntima en el poema. Testigo de su tiempo, la obra poética da testimonio de una época, incluso en aquellos autores que escriben para condenarla. La mera lírica de evasión es ya, por ella misma, testimonio de una realidad que se pretende eludir. El poeta nace en soledad, pero se *cumple* entre los demás hombres, y en la comunicación con su entorno y con sus contemporáneos, se enriquece. De todos y de todo es tributario el poeta; con cuanto recibe va elaborando su poesía. En este sentido, la poesía es una restitución: el poeta *devuelve* a su pueblo, hecho poesía, lo que de su pueblo fue recibiendo.

Decía Jean Paul Sartre, en *Qué es la Literatura*, que en la escritura poética no cabe el *compromiso*, porque el poeta no emplea las palabras como signos, sino como cosas. Según él, las palabras para el poeta están en estado salvaje, en tanto que para el prosista están domesticadas. Dice que el poeta está fuera del lenguaje y ve las palabras al revés, como si no pertenecieran a la condición humana. Me parece que pocas veces se habrá estado más lejos de entender la poesía. Creo yo que la poesía es un acto de amor y la entiendo como una prueba de humildad. Estoy lejos de actitudes soberbias y *elitistas* de las artes. Han caído las torres de marfil y si la poesía es aún “paraíso cerrado para muchos, jardín abierto para pocos”, como quería Soto de Rojas, que lo sea por los demás, no por la intención del poeta que, aunque se sepa desatendido, no debe sentirse insolidario. Sólo a los modernistas —y tampoco a todos; a Rubén, que por algo era Rubén— se les

podría ocurrir aquello de “torres de Dios, poetas”. El poeta, aunque maneje una materia más exquisita —al menos, en apariencia—, no puede estar al margen del quehacer común. Estimo que la poesía no es un lujo inútil; por el contrario: la considero útil y necesaria. Creo que puede ayudar al ser humano a comprender mejor el mundo. Cómo puede la poesía ser útil (en contra de lo que algunos dicen sobre su belleza inútil, o muy necesaria pero sin que sepamos para qué), a mí me parece verlo claro por mi propia experiencia, no de poeta —sería mucho creer—, sino de lector. Pocas cosas me han proporcionado tanta fuerza moral como algunas poesías. En mi macuto de soldado, durante una guerra; en mi petate de recluso, durante una etapa carcelaria, estuvo siempre un ejemplar de la *Segunda antología poética*, de Juan Ramón Jiménez. Un poeta eminentemente intimista, que vivía encerrándose en su propia vida personal, era capaz —es capaz— de trasladarse a la vida de los otros y allí, cobrar una segunda vida.

Claro que resulta ingenuo suponer que la poesía pueda tener una acción inmediata sobre lo contingente, ni tampoco ir más allá de proporcionar una compañía espiritual —de orden estético o de orden moral— en quien la lea. Exageraban los que suponían que aquellos poetas sociales de las décadas españolas de los cincuenta y los sesenta se consideraban en posesión de un arma activa y eficaz para transformar la realidad política de su tiempo. Eso es infantil, y hubiera resultado demasiado hermoso. No creo que pretendiera ninguno más que compartir la esperanza y el dolor colectivos. Ni soñaban ir más lejos de *compadecer*. Compadecer, en su verdadero sentido, que no es sino *padecer-con*. Por eso, para mí, la poesía llamada social no es una nueva épica, sino una nueva —y no tan nueva— lírica en la que el poeta ha vuelto los ojos a la vida en torno. Y es que ¿cómo puede el poeta vivir de espaldas a lo que ocurre en torno suyo? Por muchos viajes que desee hacer a su mundo interior, ¿cómo no va a sentirse inquieto por cuanto inevitablemente le afecta del mundo exterior? Un liberal de principios del XIX, don Manuel José Quintana, opinaba que los grandes inventos tan influyentes en el destino de la humanidad, deben ser objeto de la poesía, que bastante ha cantado a las artes liberales y debe cantar también a las artes mecánicas. Viene a coincidir, en cierto modo, con lo que opinará, años después, un anarquista de principios del XX, Pedro Kropotkin: en el primer capítulo de su *Ética*, escribe: “Si la contemplación del Universo y el conocimiento íntimo de la naturaleza fueron capaces de inspirar a los grandes poetas, ¿por qué no habrá de encontrar el poeta motivo de inspiración en la comprensión más profunda del hombre y su destino?”.

Fuera de sí mismo encuentra el poeta un mundo a cuya vida pertenece como individuo que comparte la existencia colectiva. ¿Se enclaustrará en su íntimo vivir, cual si el de todos le fuera ajeno? El poeta se encuentra, como todo ser humano, con esa doble vida recíprocamente influyente, aunque de forma desproporcionada. La vida exterior y común invade a cada paso su intimidad y, aunque es claro que la enriquece, es cierto que en multitud de ocasiones la perturba. La vida personal, a su vez, ejerce una acción de menor rango, por lo general insignificante, aunque en la medida de su capacidad de poeta la influencia puede

alentar moral y estéticamente muchas otras vidas, y por la suma de éstas, dejarse sentir. Son los casos en los que el gran poeta asume una voz colectiva.

La doble vida del poeta adquiere dramatismo al hacer cuestión de su vida personal, al indagar en ella hasta colocarla ante el espejo de la palabra. Con frecuencia renuncia a la autocontemplación o acaso llega al autodesprecio, para concluir en el compadecimiento de sí mismo. Al enfrentarse con la vida exterior, ¿qué busca? ¿Presentar un *yo social* que practique la hipocresía o el conformismo? Más bien superar las tentaciones del cultivo del yo íntimo para lograr reconocerse en los demás. Un sustrato heredado sustenta su ascendencia individual, pero el destino es colectivo, se quiera o no. Su obra va siempre del ser a las cosas, no a la inversa, aunque en el mundo de las cosas encuentre un arsenal de motivos. Pero es el sujeto quien elabora la poesía; no hay poesía objetiva. Los objetos no son ni dejan de ser poéticos. Ni la naturaleza. La poesía no es algo natural, es *artificial*: arte y oficio, elaboración humana. Se equivocaba Bécquer cuando, en una de sus *Rimas*, sostuvo que “podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía”. No. Si no hubiera poetas, no habría poesía. La rosa, sin la pupila humana que la contempla, no sería paradigma de belleza y perfección; no sería ni más bella que el cardo ni más perfecta que la piedra. Porque la rosa no nos mira, somos nosotros quienes miramos a la rosa, la miramos y la admiramos hasta conferirle la categoría que ostenta. El paisaje eres tú, hombre que lo reflejas en tus ojos. Sin la visión humana el paisaje sería sólo un trozo telúrico. La vida exterior suministra materiales al poeta, cuya vida interior los elabora. La poesía es una forma de explicar la vida en su doble vertiente; por la poesía el poeta *sabe y conoce*. *Saber* es producto de intuición, algo interior. *Conocer* es asumir valores exteriores. La doble vida del poeta se hace una en el poema.